

José Montero Reguera
Miguel de Cervantes. El poeta que fue novelista,
prólogo de Fernando Romo Feito, Madrid,
Pigmalión, 2021, 268 pp.
ISBN: 9788418333965

Jorge García
Universitat de Girona
jorge.garcia@udg.edu

Obviamente José Montero Reguera no necesita presentación en el mundo del cervantismo, como tampoco Fernando Romo, editores ambos del volumen de poesía cervantina en la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española que incluye el *Viaje del Parnaso* y la más rigurosa edición y puesta al día de la poesía del alcalaíno. Y hoy nos ocupamos de una aportación donde el primero como autor y el segundo como prologuista nos han procurado un precioso volumen dedicado a la poesía del autor de las *Ejemplares* repleto de aciertos, comenzando por su título, que nos sugiere el Miguel joven y seguidor de Garcilaso que se va a ir encontrando con territorios inéditos para sus inclinaciones de juventud: el relato corto o la épica burlesca en prosa, aspectos que paradójicamente, en efecto, fundamentarán su fama en vida y la riqueza de su posteridad. Él quería ser poeta, pero recibió un aplauso universal por el hidalgo loco: contexto inesperado contra el que Cervantes se revuelve y cuyas principales motivaciones recorre con solvencia el volumen que hoy reseñamos.

Este se nos presenta con un prólogo preliminar (pp. 11-15), cinco capítulos, un catálogo cronológico de toda la poesía cervantina (pp. 237-258) y finalmente una bibliografía (pp. 259-282). Los cinco capítulos nos presentan un recorrido por la poesía en la obra de Cervantes desde perspectivas complementarias. En una primera sección se contrasta “la imagen que tenemos hoy de Cervantes con la que él y sus contemporáneos tenían en los comienzos del siglo XVII y el papel que juega la poesía en todo ello, de manera que así se reconstruye la trayectoria como poeta y su valor en la república literaria de aquel tiempo” (pp. 22-23) y todo ello a partir de *La gitanilla* y la reivindicación de su poesía por parte del último Cervantes (1. Miguel de Cervantes: un poeta en el final de sus días, pp. 27-77). Complementaria de la anterior, la sección siguiente “destaca algunos

poemas que sí parecen haber sobrevivido al paso del tiempo (a modo de pequeña propuesta antológica) y muestra la inserción plena del poeta en los medios y modos de producción poética de entonces” (p. 23), de forma que se profundiza en la consideración de la calidad de Cervantes como poeta y enfrentados a la concepción tradicional que nos habla de un poeta que no acaba de igualar el virtuosísimo de sus principales obras de ficción (2. Poesías para un poeta, pp. 79-95). A ello sigue una serie de consideraciones sobre la poesía de los Siglos de Oro y la imbricación de Cervantes en las formas de escritura de la época mediante dos ejemplos que son extensamente tratados: por un lado, el caso de los epitafios cervantinos y por otro el Cervantes como poeta de cancionero, para terminar con el estudio de algunas de las principales influencias poéticas en la obra de Cervantes y en especial la de Garcilaso y la de Fray Luis de León (3. El poeta en su tiempo: en el taller de la creación, pp. 97-189). Le sigue el cuarto capítulo dedicado a la poesía en los dos *Quijotes*, donde se analiza los tipos métricos utilizados en las dos partes de la obra, así como sus diferentes funciones, grados de originalidad y fuentes de inspiración. El capítulo aprovecha para realizar un interesante recorrido por los poemas que nos presenta el *Quijote* de Avellaneda, como también en las novelas intercaladas en este último, para terminar con unas interesantísimas conclusiones (pp. 218-221) sobre el retrato intelectual y moral del anónimo y la diferente perspectiva que ambos tenían de la poesía (4. De *Quijote* y poesía, pp. 191-221). El capítulo nos presenta, además, un catálogo completo de las poesías intercaladas en las dos partes del *Quijote* (pp. 205-209). El último capítulo (5, Fortuna y actualidad de un verso cervantino. “Miró al soslayo, fuese y no hubo nada”, pp. 223-236) documenta la vitalidad de varios textos cervantinos y expresiones del *Quijote*, pero en concreto se centra en dos textos. Por un lado la despedida que culmina el prólogo del *Persiles*, recordado en un excelente poema por Cernuda en *Desolación de la Quimera*; por el otro, el famoso soneto al túmulo de Felipe II, donde pueden encontrarse resonancias gongorinas, pero que ya durante el siglo XVII, mucho en el XIX y también en la misma actualidad, será glosado y utilizado de mil maneras. El volumen culmina con el aludido catálogo completo de la poesía cervantina en términos cronológicos, interesante y muy útil para seguir el devenir poético del autor (pp. 237-258) y una completa bibliografía (pp. 259-282).

Cervantes es hoy para nosotros, y con razón, el autor del *Quijote*, pero no hemos de olvidar que, como subraya Fernando Romo en el prólogo, “la poesía fue, pues, la primera ocupación de Cervantes y le acompañó hasta el final” (p. 13), de forma que en el volumen de José Montero nos encontramos con un estudio completo y de conjunto sobre su poesía, “para lo cual repasa las no pocas discusiones sobre la poesía cervantina, encuentra una justificación para el aparente quiebro que representa *El viaje del Parnaso* y articula, en fin, y creo que por primera vez, una explicación convincente de la posición que ocupa la poesía respecto de *todo* Cervantes” (p. 15), por lo que el volumen en sí mismo marca un antes y un después en la bibliografía cervantina. Para mostrarlo bastaría re-

correr algunas de las perspectivas en que se mide la praxis poética cervantina. Por ejemplo, se constata cómo “la aparición seguida del *Viaje del Parnaso* y del tomo de *Ocho comedias* hace desaparecer momentáneamente al narrador de éxito que había diseñado un meticuloso plan de publicación de sus obras narrativas y hace reaparecer inesperadamente al poeta” (p. 34), por lo que se trata de “una estrategia conducente a su rehabilitación como poeta” (p. 33). O bien cómo el estudio de los epitafios permite desdibujar una evolución “desde un garcilasismo muy evidente a un tono burlesco e irónico, metaliterario también acorde con el fin de siglo” (p. 138). Ahora bien, si “Cervantes, con toda seguridad, se ha educado poéticamente leyendo a Garcilaso”, inclinación que “no fue un entusiasmo juvenil y pasajero” (p. 154), lo que se hace evidente a la vista del “Garcilaso sin comentario” de Tomás Rueda, y al tiempo pueden encontrarse numerosos ecos luisianos en su obra (pp. 156-171), se insiste de continuo a lo largo del volumen en un hecho crucial y fundamental a partir de su praxis poética de juventud y a su fama como romancista —desde el volumen de 1569 “compuesto y ordenado” por el maestro López de Hoyos, hasta el *proceso por libelos* de 1588— y lo que todo ello implica en el fondo: Cervantes participó, y acaso fue de los primeros, de la gran síntesis estética que normalmente adjudicamos a los jóvenes que comienzan a publicar en los años ochenta y que abre la gran literatura de la siguiente centuria, es decir, la convergencia entre las formas ‘italianas’ y el viejo octosílabo castellano (pp. 40-41 y 197).

Volumen de agradable lectura, con un buen deslinde de los diferentes aspectos que nos proporciona el estudio de la poesía del autor del *Quijote*, en él ha sintetizado José Montero un largo camino de años en su estudio de la poesía cervantina y nos ha proporcionado una herramienta esencial para ahondar en la perspectiva de esa vertiente que tantas veces amenaza con quedar a la sombra de sus obras de ficción.